

parecía suficiente, porque sus poderes se limitaban á perseguirlos; el tribunal criminal del Sena estaba sujeto á formalidades muy lentas, y además de esto, todas las autoridades anteriores á la jornada del 10 inspiraban sospechas. Así, pues, la municipalidad pidió el día 13 el nombramiento de un tribunal especial para juzgar los *crímenes del 10 de agosto*, con bastantes atribuciones para encausar á todos aquellos á quienes se llamaba *traidores*. La Asamblea mandó que pasara la petición á su comisión extraordinaria, encargada desde el mes de julio de proponer los medios de salvación.

El 14 se presentó una nueva diputación del municipio ante el Cuerpo Legislativo, para pedir el decreto relativo al tribunal extraordinario, manifestando haber recibido la orden de esperar hasta tanto que fuese promulgado, mas se retiró después de algunas severas observaciones que le dirigió el diputado Gastón. La Asamblea persistió en su negativa á crear un tribunal extraordinario, limitándose á conferir á los ya establecidos el conocimiento de los *crímenes del 10 de agosto*.

Apenas se conoció esta resolución, difundióse un sordo rumor por París. Preséntase ante el consejo general de la ciudad la sección de los trescientos y anuncia que se tocará á rebato en el arrabal de San Antonio, en caso de que no se conceda inmediatamente el decreto reclamado.

El consejo general envía entonces una nueva diputación á la Asamblea, y á su cabeza marcha Robespierre, quien tomando la palabra en nombre de la municipalidad, dirige á los diputados las más insolentes reconveniones. «La tranquilidad del pueblo, les dijo, depende del castigo de los culpables, y, sin embargo, nada habéis hecho para alcanzarlos. Vuestro decreto es ineficaz, porque no definiendo en modo alguno la naturaleza y extensión de los *crímenes* sujetos á su sanción, sólo se ocupa de los *crímenes del 10 de agosto*, cuando los de los enemigos de la revolución se extienden mucho más allá de esta fecha y aun del recinto de París. Con semejante limitación el traidor Lafayette se substraería á los golpes de la ley, y en cuanto á la forma del tribunal, el pueblo no puede tolerar por más tiempo la que habéis conservado. La jurisdicción en segundo grado es causa de interminables aplazamientos; y por otra parte, todas las autoridades antiguas son sospechosas. Se necesitan otras nuevas; se necesita que el tribunal que reclamamos se componga de diputados nombrados por las secciones y que posea la facultad de castigar á los culpables sin apelación y sin cortapisas.»

Esta petición imperiosa pareció mucho más dura por el tono con que fué pronunciada por Robespierre. La Asamblea respondió al pueblo de París por medio de una alocución, en la que rechazaba todo proyecto de comisión ó tribunal extraordinario, juzgándolo indigno de la libertad y propio tan sólo del despotismo.

Ningún efecto produjeron tan atinadas observaciones; antes bien llevaron la irritación al más alto grado. Nadie se ocupaba en París más que del anunciado toque de alarma, y al siguiente día, un representante de la municipalidad dijo desde la barra de la Asamblea: «Vengo á anunciaros, en mi calidad de ciudadano y de magistrado popular, que hoy á las doce de la noche se tocará á rebato y generala. El pueblo no quiere continuar por más tiempo sin ser vengado, y debéis temer

que se tome la justicia por su mano. Pido, añadió el audaz demandante, que decretéis sobre la marcha el nombramiento de un ciudadano por cada una de las secciones, para la formación del tribunal criminal.»

Indignóse la Asamblea al escuchar tan amenazador apóstrofe, y los diputados Choudieu y Thuriot en particular fueron los que más duramente recriminaron al enviado del municipio.

No obstante, se entabló discusión, y la proposición de la municipalidad, calurosamente defendida por la parte fogosa de la Asamblea, quedó al fin convertida en decreto. En su virtud, debía constituirse un cuerpo electoral para la elección de un tribunal extraordinario, llamado á juzgar los *crímenes* cometidos en la jornada del 10 de agosto, *así como otros crímenes relacionados y dependientes de aquellos*. Este tribunal, dividido en dos secciones, debía fallar en última instancia y sin apelación. Tal fué el primer ensayo de tribunal revolucionario, y tal fué también el primer impulso acelerado que por un sentimiento de venganza se dió á los procedimientos de la justicia. A este tribunal se le llamó tribunal del 17 de agosto.

Ignorábase aún cuál fuera el efecto que en el ejército produjo la última revolución, y cuál la acogida dispensada á los decretos del 10, puntos ambos de la mayor importancia, por cuanto en ellos se cifraban los destinos de la nueva revolución. La frontera seguía cubierta por tres cuerpos de ejército, el del Norte, el del Centro y el del Mediodía; el primero á las órdenes de Lúckner, á las de Lafayette el del Centro, y el del Mediodía á las de Montesquiou. Después de los malhadados sucesos de Mons y de Tournai, aguijoneado Lúckner por Dumouriez, había intentado de nuevo tomar la ofensiva contra los Países Bajos; mas viéndose obligado á retirarse, en el momento de evacuar á Courtray incendió sus arrabales, lo cual vino á ser arma terrible de acusación contra el ministerio, en vísperas de su caída. Los ejércitos volvieron á quedar reducidos á la mayor inacción, permaneciendo encerrados en sus campos atrincherados, y limitando sus empresas á ligeras escaramuzas. Al abandonar Dumouriez el ministerio, habíase incorporado á Lúckner en calidad de teniente general; pero, mal acogido por el ejército que se inspiraba en Lafayette y por el mismo Lúckner, á la sazón no menos sometido á igual influencia, vióse relegado al campo de Maulde, en donde con escaso número de soldados se ocupó en levantar trincheras y tirotear al enemigo, en tanto que Lafayette, que á causa de los peligros que cercaban al rey quería acercarse á París, aspiraba al mando del ejército del Norte. No queriendo empero éste desprenderse de unas tropas que tanto le querían, convino con Lúckner en cambiar de posición con las respectivas divisiones, pasando el uno con la suya al Norte y el otro al Centro. Estos movimientos del ejército á presencia del enemigo no habrían dejado de tener sus peligros si por fortuna la guerra no hubiese sido tan perfectamente inactiva. Lúckner se trasladó, pues, á Metz y Lafayette á Sedán. Dumouriez, que durante la marcha de la división Lúckner, á que pertenecía, debía marchar á retaguardia con su reducido cuerpo, vióse de repente en presencia del enemigo que amagó atacarle, por cuya razón continuó encerrado en su campo atrincherado para impedir al duque de Sajonia-Teschen

la entrada en Flandes. Llamó á los generales que en las inmediaciones del suyo ocupaban distintos campamentos, entendiéndose con Dillón que acababa de llegar con una parte del ejército de Lafayette, y celebrando con el concurso de todos un consejo de guerra en Valenciennes, trató de justificar con la necesidad su desobediencia á Lúckner. Éste había llegado en tanto á Metz y Lafayette á Sedán, y á no ser por los sucesos del 10 de agosto que vinieron en su auxilio, Dumouriez se hubiera visto quizá arrestado y sumariado por su negativa á seguir adelante.

Tal era la situación de los ejércitos cuando se recibió la noticia de la caída del trono. Como hemos visto, los primeros actos de la Asamblea Legislativa consistieron en mandarles tres comisarios con los decretos y con la misión de hacer prestar á las tropas el nuevo juramento. Al llegar á Sedán fueron recibidos por la municipalidad, á la cual había dado Lafayette la orden de detenerlos. El alcalde les interrogó acerca de los sucesos del 10 de agosto, exigiendo su completa relación, y con arreglo á las instrucciones secretas de Lafayette, les declaró que, siendo evidente que la Asamblea Legislativa no se hallaba en libertad cuando decretó la deposición del rey, debía considerar á los comisarios como enviados de una multitud rebelde y proceder por tanto á su prisión en nombre de la Constitución. En efecto, los comisarios fueron arrestados, y Lafayette, que trató de poner á cubierto á los ejecutores de esta orden, la adoptó bajo su propia responsabilidad. Inmediatamente después hizo que el ejército renovara el juramento de fidelidad á la ley y al rey, como así lo hicieron todos los cuerpos que se hallaban bajo su mando. Contaba con los setenta y cinco departamentos que se habían adherido á su carta de 16 de junio y se proponía intentar un movimiento contrario al del 10 de agosto. Dillón, que se encontraba en Valenciennes á las órdenes de Lafayette y con un mando superior al de Dumouriez, obedeció á su general en jefe haciendo prestar el juramento de fidelidad á la ley y al rey, y disponiendo que las tropas de Dumouriez hicieran otro tanto en su campamento de Maulde. Previendo Dumouriez mejor el porvenir, é irritado además contra los fuldenses, bajo cuyo imperio se hallaba, aprovechó esta coyuntura para resistirles y ganar la voluntad del nuevo gobierno, negándose por sí y por sus tropas á prestar el juramento ordenado.

El 17, el día mismo en que tan tumultuosamente se había constituido el tribunal criminal, túvose conocimiento por una carta del arresto de los comisionados mandados al ejército de Lafayette, por orden de éste, y del desaire hecho á la autoridad de la Asamblea Legislativa. Con gritos de irritación más que de alarma fué recibida esta noticia, subiendo de punto los que contra Lafayette resonaban ya por París. Pedíase su acusación y reprochábale á la Asamblea el que no la hubiese decretado mucho antes. Se expidió al punto un decreto contra el departamento de los Ardennes y se enviaron nuevos comisionados con idénticos poderes y con encargo además de hacer poner en libertad á sus predecesores. A la vez se mandaron comisarios al ejército de Dillón, y el 19 por la mañana, la Asamblea declaró á Lafayette traidor á la patria, lanzando contra él un decreto de acusación.

Las circunstancias eran muy graves, y debía temerse

el fracaso de la nueva revolución, si no se atajaba aquella resistencia.

Dividida Francia entre republicanos en el interior y constitucionales en el ejército, permanecía débil enfrente del enemigo, y tan expuesta á la invasión como á los horrores de una reacción terrible. Necesariamente debía detestar Lafayette la revolución del 10 de agosto, que destruía la Constitución del 91, y venía á ser la siniestra realización de los vaticinios aristocráticos y la justificación de cuantas censuras dirigiera la corte á la libertad. En esta victoria de la democracia sólo podía ver una sangrienta anarquía y una confusión interminable. Para nosotros, esta confusión tuvo un límite, y por lo menos la patria no careció de defensa contra el extranjero; mas Lafayette debió ver un porvenir espantoso y desconocido, poco practicable la defensa del suelo en medio de tantas convulsiones políticas, y experimentar en fin el deseo de resistir, armándose, á la vez que contra los enemigos de fuera, contra los enemigos del interior. Dificilísima en verdad era su situación, y á nadie hubiera sido dable sobreponerse á ella. Sus tropas seguían siéndole adictas; mas careciendo los ejércitos de voluntad personal, sólo se mueven á impulsos de aquella que les comunica el jefe á que están subordinados, y cuando una revolución estalla con la violencia de la del 89, arrastrados ciegamente, se desprenden de la antigua autoridad, porque el impulso nuevo es más fuerte; pero en el caso presente no sucedía lo mismo. Proscrito, sujeto á una acusación, Lafayette no podía por el solo esfuerzo de su popularidad militar sublevar sus tropas contra la autoridad del interior, y hacer frente con sólo su impulso personal al embate revolucionario de París. Colocado entre estos dos enemigos é incierto además de sus deberes, fluctuaba entre opuestos pareceres. Sin vacilar un punto por su parte, la Asamblea expidió decreto sobre decreto, y apoyándolos por medio de enérgicos comisionados, obtuvo la ventaja sobre las vacilaciones del general, poniendo al ejército de su parte. En efecto, las tropas de Lafayette se desordenaron sucesivamente y pareció como que le abandonaban, mientras que las autoridades civiles, á su vez intimidadas, cedían ante los nuevos comisarios. El ejemplo de Dumouriez, pronunciándose por la revolución del 10 de agosto, acabó por arrastrarlo todo, mientras el general que á ella se había opuesto se quedó solo con su estado mayor, compuesto de oficiales fuldenses ó constitucionales.

Bouillé, de cuya energía no cabe dudar, y Dumouriez, cuyos grandes talentos han sido universalmente reconocidos, no de otra manera debieron proceder en épocas diferentes, viéndose á su vez obligados á emprender la fuga; en esta ocasión Lafayette no fué más afortunado que ellos. Después de escribir á las distintas autoridades civiles que le habían secundado en su resistencia, y de echar sobre sí la responsabilidad de los actos cometidos contra los comisionados de la Asamblea, abandonó el 20 de agosto su campamento seguido de algunos oficiales, amigos suyos, compañeros de armas y correligionarios. Entre ellos se encontraban Bureau de Puzy, Latour-Maubourg y Lameth. Al abandonar el ejército, no llevaba consigo más que el haber de un mes y la compañía de algunos criados; poco antes tuvo el cuidado de disponer lo necesario para el mayor orden



en el ejército y para resistir al enemigo en caso de ser atacado. Despidió la escolta de unos pocos jinetes que le seguían para no quitar a Francia uno solo de sus defensores, y el 21 tomó con sus amigos el camino de los Países Bajos.

Al llegar junto a las avanzadas austriacas, estos primeros emigrados de la libertad, después de una jornada que había quebrantado sus cabalgaduras, fueron detenidos, y contra lo que prescribe el derecho de gentes, tratados como prisioneros de guerra. Grande fué la alegría en el campamento coligado al tenerse noticia del suceso y cuando se vió á Lafayette cautivo en manos de la liga aristocrática. Someter á tortura á uno de los primeros corifeos de la revolución, pudiéndole imputar á ella misma la persecución contra sus principales autores, y ver el cumplimiento de cuantos excesos se tenían previstos, era á la verdad más de lo que pedirse pudiera para comunicar á la aristocracia europea una alegría universal.

Lafayette reclamó, bien que inútilmente, para sí y para sus camaradas, una libertad que les pertenecía. Ofreciósele á trueque de una retractación, no ya de todas sus opiniones, sino de una sola, aquella que concernía á la abolición de la nobleza; pero rechazó semejante proposición, amenazando con dar un solemne mentís ante un funcionario público, dado caso de que sus palabras fueran falsamente interpretadas. Aceptó, pues, las cadenas en premio de su constancia, sin que su espíritu decayera ni menguara su amor á la libertad que estimaba como el más precioso de los bienes, aun en el instante mismo en que la juzgaba perdida para Europa y para Francia. Hizo además gala de aquella virtud, escribiendo en presencia de sus opresores á los fieles amigos que en Francia tenía: «Amad, amad siempre la libertad, á despecho de sus tempestades, y servid la causa de vuestro país.»

Compárese esta defección á la de Bouillé, que entró de nuevo en su patria en medio de los soberanos enemigos, y á la de Dumouriez, que en un momento de mal humor, no por convicción, rompe con la Convención á quien sirviera, y se hará cumplida justicia al hombre que sólo se aleja de Francia cuando cree proscrita de su suelo la verdad que ama, sin maldecirla ni renegarla desde el seno de los ejércitos extranjeros, antes sirviéndola y exaltándola al sordo rumor de las cadenas que le oprimen.

No vituperemos, empero, fuera de sazón la conducta de Dumouriez, cuyos memorables servicios habremos de apreciar dentro de poco. Este hombre flexible y hábil había adivinado por instinto el poder naciente.

Después de haberse hecho casi independiente por su negativa á obedecer á Lúckner, que le mandó abandonar el campamento de Maulde, y por su resistencia á prestar el juramento ordenado por Dillón, vió inmediatamente premiados estos actos con el mando en jefe de los ejércitos del Norte y del Centro. El valiente é impetuoso cuanto temerario Dillón, que por su obediencia á Lafayette fué desde el primer momento destituido, mereció ser reintegrado en su mando, merced á los buenos oficios de Dumouriez, en cuyos propósitos ambiciosos entraba por mucho el lastimar lo menos posible individualidades. Mandaba, pues, en toda la frontera desde Metz á Dunkerque en calidad de general en

jefe, mientras Lúckner continuaba en Metz con el ejército que se había llamado del Norte. Inspirado este último en un principio por Lafayette, había afectado cierta resistencia al 10 de agosto; mas cediendo bien pronto ante sus soldados y ante los comisarios de la Asamblea, prestó su adhesión á los decretos, y no sin llorar de nuevo, se dispuso á obedecer al nuevo impulso que se le comunicaba.

Los actos del 10 de agosto, y lo adelantado de la estación, eran sobrados motivos para que la coalición acelerara las operaciones de la guerra. Las disposiciones de las potencias con respecto á Francia en modo alguno se habían alterado; Inglaterra, Holanda y Dinamarca ofrecían continuar bajo el pie de la más estricta neutralidad, á cuya declaración se adhirió también muy sinceramente Suecia desde que sucumbiera Gustavo. En cuanto á los principados italianos, asaz mal dispuestos en nuestro favor, eran harto impotentes para que inspiraran temor, en tanto que España, incierta aún acerca del partido que debía adoptar, seguía entregada á las más opuestas intrigas. Eran, pues, enemigos declarados Rusia y las dos principales cortes de Alemania, aunque la primera, no habiendo apelado aún á los mayores extremos, se había limitado á despedir á nuestro embajador. Solamente Prusia y Austria se hallaban en armas sobre nuestras fronteras, y de entre los Estados alemanes, únicamente los tres electores eclesiásticos y los landgraves de las dos Hesses fueron los que tomaron parte activa en la coalición, pues el resto esperaba para decidirse verse forzado á ello. En tal estado se hallaban las cosas cuando ciento treinta y ocho mil hombres perfectamente organizados y equipados amenazaban á Francia, que sólo podía oponerles á lo sumo ciento veinte mil, diseminados á lo largo de una inmensa frontera, privados de sus oficiales, faltos de confianza en sí mismos y en sus jefes, y siempre derrotados en la guerra de avanzadas que hasta entonces sostuvieran. Consistía el proyecto de la coalición en penetrar atrevidamente en Francia por los Ardennes, y en avanzar por el camino de Chalóns para caer sobre París. Los dos soberanos de Prusia y Austria se habían dirigido en persona á Maguncia, y sesenta mil prusianos, herederos de las tradiciones y de la gloria de Federico, avanzaban en masa contra nuestro centro, atravesando el Luxemburgo para caer sobre Longwy. Veinte mil austriacos al mando de Clerfayt ocupando Stenay apoyaban su derecha, en tanto que diez y seis mil austriacos más, á las órdenes del príncipe de Hohenlohe-Kirchberg, y diez mil hessenses flanqueaban la izquierda. El duque de Sajonia-Teschen, que ocupaba los Países Bajos, amenazaba las plazas fuertes, y el príncipe de Condé, al frente de seis mil emigrados franceses, se encaminaba á Filipsburg, siendo distintos los cuerpos que de estos últimos se habían formado y repartido entre los varios ejércitos austro-prusianos. Al permitir las cortes extranjeras la reunión de estos emigrados trataron de impedir que adquirieran cierta influencia, y así acordaron en un principio confundirlos en los regimientos alemanes; mas luego les autorizaron para la formación de cuerpos especiales, bien que repartidos entre los ejércitos coligados. Estos cuerpos estaban llenos de oficiales que se habían resignado á ser soldados rasos y poseían una caballería brillante, más dispuesta á la verdad á desplegar gran valor en un tran-

ce peligroso, que á soportar los quebrantos de una campaña prolongada.

Los ejércitos franceses se hallaban dispuestos de la manera más desacertada para resistir á tal multitud de fuerzas. Tres generales, Beurnonville, Moretón y Duval, que en junto reunían treinta mil hombres en tres distintos campamentos, en Maulde, en Maubeuge y en Lila, eran todos los recursos con que contaba Francia en su frontera del Norte y de los Países Bajos. El ejército de Lafayette, desorganizado desde que éste lo abandonó y careciendo de homogeneidad en sus sentimientos, acampaba alrededor de Sedán y era fuerte de veintitrés mil hombres en el momento en que Dumouriez se disponía á tomar su mando. El de Lúckner, compuesto de veinte mil soldados, ocupaba á Metz, y como los demás, acababa de recibir en Kéllermann un nuevo general. No obstante de estar la Asamblea descontenta de Lúckner, no había querido destituirle, y al transferir á Kéllermann su mando, le había conferido, con el título de generalísimo, el encargo de organizar el nuevo ejército de reserva y la misión puramente honorífica de asesorar á los generales. Quedaban en Landau Custine con quince mil hombres, y finalmente Birón, quien desde la Alsacia, que ocupaba con treinta mil soldados, se hallaba harto distante del teatro de la guerra para ejercer influencia en el resultado de la campaña.

Los dos únicos cuerpos de ejército colocados en el camino de los coligados eran los veintitrés mil hombres abandonados por Lafayette y los veinte mil de Kéllermann, en Metz. Si el grande ejército invasor, arreglando sus movimientos al objeto que se proponía, avanza rápidamente sobre Sedán, cuando las tropas de Lafayette, huérfanas de general por no haberseles incorporado Dumouriez y entregadas al desorden, sin cohesión y sin jefe, hubieran opuesto menguada resistencia, habría visto desaparecer el principal cuerpo de defensa, abiertos á su paso los Ardennes, y forzado á los otros generales á plegarse rápidamente detrás del Marne. Quizá hubieran carecido éstos del tiempo necesario para trasladarse desde Lila y Metz á Chalóns y á Reims, en cuyo caso, dejando á París completamente descubierto, sólo habría quedado de su nuevo gobierno el absurdo proyecto de formar un campamento al pie de sus muros, ó el privilegio de una fuga más allá del Loira.

Mas si es verdad que Francia se defendía con todo el desorden de una revolución, no lo es menos también que las potencias extranjeras atacaban con toda la incertidumbre y diversidad de miras de las coaliciones. El rey de Prusia, cegado por la idea de una conquista fácil, lisonjeado y engañado por los emigrados que le representaban la invasión como un *paseo militar*, quería realizar la expedición bajo su aspecto más atrevido. Sobraba empero la prudencia en el duque de Brunswick, que marchaba á su lado, para que tamaña presunción pudiera al cabo merecer el éxito feliz que á veces se obtiene á fuerza de audacia y precipitación. Veía éste muy avanzada la estación y el país de muy distinta manera dispuesto de como lo suponían los emigrados, que por otra parte juzgaban de la energía revolucionaria por la insurrección del 10 de agosto, y en su virtud creía preferible asegurarse una base sólida de operaciones en

el Mosela, establecer los sitios de Metz y Thionville y aplazar para la próxima estación la renovación de las hostilidades, con la garantía entonces de las conquistas precedentes. Semejante desacuerdo entre la precipitación del soberano y la prudencia del general, y la lentitud además de los austriacos, que sólo mandaron diez y ocho mil hombres á las órdenes del príncipe de Hohenlohe en vez de cincuenta mil, fueron obstáculo á todo movimiento decisivo. El ejército prusiano prosiguió, no obstante, su marcha hacia el centro, hallándose el 20 frente á Longwy, que es una de las más importantes plazas de esta frontera.

Dumouriez, que siempre creyera que una invasión de los Países Bajos ocasionaría en este país una revolución, y que por semejante diversión salvaría á Francia de los ataques de Alemania, lo tenía todo preparado para emprenderla el mismo día en que recibió la orden para encargarse del mando en jefe de los dos ejércitos.

Disponiéndose estaba para tomar la ofensiva contra el príncipe de Sajonia-Teschen, cuando Kéllermann, cuya actividad rayó tan alto en 10 de agosto, y que después fué comisionado cerca del ejército de Lafayette, vino á poner en su conocimiento lo que pasaba en el campo de la grande invasión. El 22, Longwy abrió sus puertas á los prusianos después de un bombardeo de escasas horas, siendo la causa de esta rendición el desorden de la guarnición y la debilidad de su comandante. Más que nunca enorgullecidos los prusianos después de esta conquista y de la prisión de Lafayette, inclinábanse visiblemente hacia el proyecto de una ofensiva veloz. Si el nuevo general que debía substituir á Lafayette no venía á reanimar con su presencia el ánimo abatido de su ejército y á dirigir de una manera útil sus movimientos, este ejército estaba perdido.

Abandonó, pues, Dumouriez su proyecto favorito, trasladándose á Sedán el 25 ó 26, en donde su presencia entre los soldados sólo produjo de pronto odio y recriminaciones. Era enemigo de Lafayette, á quien aún se amaba, y atribuíasele además la culpa de aquella guerra, porque se había declarado siendo él ministro; juzgábasele, en fin, hombre de letras, pero no se le reconocía valor alguno militar. Estos rumores, que circulaban libremente por el campamento, llegaron á oídos de Dumouriez, que no se mostró desconcertado por ellos. Empezó por tranquilizar á sus soldados, ante los cuales afectaba un continente firme y tranquilo, y no tardó en hacerles sentir el influjo de un mando más vigoroso del que hasta entonces sobre ellos pesara. No por esto dejaba de ser desesperada la situación de estos veintitrés mil hombres desorganizados, enfrente de ochenta mil bajo un pie de perfecta disciplina. Después de la toma de Longwy, los prusianos habían bloqueado á Thionville, sin dejar de avanzar sobre Verdún, plaza menos susceptible de defensa que la primera.

Reunidos los generales por Dumouriez, opinaron que no debían esperar á los prusianos en Sedán, sino retirarse rápidamente al otro lado del Mosela, atrincherarse lo mejor posible y esperar la incorporación de los demás ejércitos, con cuya operación se cubría la capital, separada tan sólo del enemigo por una distancia de cuarenta leguas. Todos estuvieron de acuerdo en creer que en caso de derrota por haber querido hacer cara á la invasión, sería ésta completa, y en que el ejército